

01

GOLAFO



Mauricio Henao Trujillo

Estudiante de la Especialización en Escrituras Creativas

Ernesto era el más alto de su clase, aunque apenas estaba próximo a cumplir sus primeros diez años de edad. Tenía la cola larguísima y su cuerpo era tan extenso y verde como la piel de una montaña. Era tímido para hablar y sonreír, pero no para soñar e imaginar. Las pocas veces que se animaba a hablar, la “S” se le escuchaba como una “F” porque los dientes superiores los tenía mucho más adelante que los inferiores.

—¿Qué quieres de regalo de cumpleaños, Erny?

—Le preguntó su mamá mientras le servía el almuerzo.

Aunque lo tenía claro, Ernesto prefirió guardar silencio y seguir concentrado en su plato de verduras. Su sueño era ser un arquero de fútbol y atajar en la selección de su país, pero hasta ese momento no conocía a nadie de su especie que hubiera llegado a convertirse en uno, sin embargo, él quería ser el primero en lograrlo.

—¿Erny? —Insistió la mamá ante el silencio de su hijo.

Ernesto encogió los hombros y agachando la cabeza respondió.

—Quiero unof guantef.

—¿Guantes? ¿Guantes para qué? —Preguntó la mamá, angustiada.

—Guantef de arquero, quiero unof guantef de arquero de fútbol. —

Añadió Ernesto apretando los párpados muy fuerte.

La mamá angustiada, pues sabía muy bien la dificultad que ese regalo podría traer para su hijo, trató de hacerle cambiar de opinión, pero Ernesto tenía tan claro lo que quería que fue imposible convencerlo.

Al cumpleaños de Ernesto asistieron todos sus amigos del barrio, primos y compañeros de escuela. Hubo pasabocas, refrescos de manzana y, por supuesto, torta de chocolate, que era la preferida del cumpleañosero. La sala de la casa estaba adornada con bombas blancas con hexágonos negros que simulaban balones, la piñata tenía la forma de una cancha y el pastel estaba adornado con un arco de una portería de fútbol en la parte superior; ese era el detalle que más le agradaba

a Ernesto. Todos llevaban gorros de cartón en forma de cono con imágenes de jugadores del equipo preferido del homenajead, sujetos a la cabeza con apretados resortes blancos que se reventaban con facilidad.

Por fin llegó el momento más esperado de la fiesta. Después de reparar las sorpresas a todos los invitados, Ernesto comenzó a destapar los regalos que había recibido. Uno a uno los fue abriendo hasta llegar al más anhelado; el de sus papás: “Para: Erny,” sabía que era ese, porque solo ellos lo llamaban así. Sus pequeñas manos le temblaban como cuando tenía que exponer la tarea en la escuela. Rompió el empaque con sigilo, al ver el contenido, sus redondos ojos comenzaron a brillar como vidrios húmedos, sus dientes superiores que no le permitían unir los dos labios, se vieron más grandes que nunca.

Eran los guantes más pequeños que la mamá había logrado conseguir, sin embargo, en uno solo podrían caer sin problema las dos manos de Ernesto. Su papá se los ayudó a poner, pero tuvo que darles varias vueltas a

“ Estaba muy ansioso, sus pequeñas manos le sudaban debajo de los gigantescos guantes ”.

los sujetadores alrededor de las muñecas para que los guantes se quedaran unidos a las manos.

—Grafiaf, mamá y papá, ahora podré tapar en el equipo de la escuela y nadie podrá anotarme ni un folo gol.

Al domingo siguiente, Ernesto se levantó más temprano de lo habitual, esta vez no se quedó en la cama viendo dibujos animados en el televisor, y no era para menos, era su primera práctica en el equipo de fútbol de la escuela. Desde antes de salir de su casa se puso su regalo, salió con los codos flexionados y las manos hacia arriba para evitar que se le resbalaran y así llegó hasta la cancha, cuarenta minutos antes de que iniciara el entrenamiento. Esperó de manera paciente a que el resto del equipo llegara.

Estaba muy ansioso, sus pequeñas manos le sudaban debajo de los gigantescos guantes. El entrenador conformó dos equipos; uno con los jugadores titulares y otros con los nuevos aspirantes entre los que se encontraba Ernesto, que no era el único arquero, así que tuvo que esperar un rato más, antes de poder debutar.

—Es tu turno —le indicó el entrenador.

—Fi, profefor.

Ernesto brincó de inmediato de la silla y corrió muy rápido hasta la portería. Se ubicó en la mitad y se puso en posición de guardia.

Al poco tiempo el mejor jugador del equipo titular disparó hacia el arco del equipo de los aspirantes. Ernesto cerró los ojos y con todas sus fuerzas voló intentado atajar el balón, pero sus cortas manos, con los dedos bien estirados, no le llegaban ni a la cabeza. Fue un gol contundente.

Hubo varios disparos más hacia el arco, todos terminaron en gol. Aunque se esforzaba, Ernesto no lograba agarrar ninguno de los balones. Sus manos eran tan cortas que apenas lograba mantenerlas a la altura del pecho.

Entonces, comenzaron las burlas y Ernesto se sintió muy triste. Siempre había soñado dulcemente con ese momento que ahora se convertía en una pesadilla. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, abatido, dejó caer sus manos. Los guantes se fueron al suelo y, en un intento por liberar su impotencia, pateó con ahínco la pelota que había salido de la portería que cuidaba, después de rebotar contra la malla templada. Todos miraron con pasmo como la bola viajaba con la velocidad de un meteorito y se colaba en el ángulo superior derecho del marco contrario. El otro guardameta apenas tuvo tiempo de acomodarse para verla pasar.

Antes de que los demás jugadores pudieran reaccionar ante el golazo, Ernesto salió corriendo hacia su casa a toda velocidad, sin percatarse de la hazaña que había acabado de lograr.

“ Todos miraron con pasmo como la bola viajaba con la velocidad de un meteorito y se colaba en el ángulo superior derecho del marco contrario ”.

Sus compañeros salieron detrás de él para animarlo y felicitarlo por la anotación, pero nadie logró alcanzarlo, ni siquiera el más rápido del equipo de los titulares que antes de jugar fútbol, había ganado una medalla en una carrera de atletismo. Todos lo llamaban de forma inútil, pues les había cogido una gran ventaja en pocos segundos. El entrenador también corrió sorprendido, pues nunca había visto a alguien golpear tan fuerte un balón y, además, correr tan rápido.

Cuando Ernesto llegó llorando a la casa, su mamá entendió lo que le pasaba. Desde el día en que él le dijo que quería unos guantes de arquero, ella temió por lo que podía suceder.

—No llores, Erny, todo va a estar bien. —Le dijo la mamá tratando de consolarlo.

Lo abrazó fuerte por un largo rato, mientras que poco a poco él se fue quedando dormido en su regazo.

Mucho tiempo después llegaron sus compañeros a la casa. Tocaron la puerta. La madre de Ernesto les abrió, procurando no despertarlo, y les recriminó por las burlas que injustamente le habían hecho a su hijo.

—Señora, tiene usted toda la razón, el comportamiento de todo el equipo ha sido inaceptable y en nombre de todos le ofrezco disculpas. —Respondió el entrenador casi sin poder respirar, doblado por el cansancio y con las manos apoyadas en las rodillas—. Hemos salido corriendo detrás de Ernesto casi desde el momento en el que él arrancó a correr, para pedirle disculpas y felicitarlo por su golazo, pero rápidamente lo perdimos de vista... Créame, corrimos muy rápido, pero nunca en mi vida vi a alguien tan veloz. —Terminó el profesor mientras recuperaba algo de aliento y trataba de erguirse. Todos los

demás que venían con él le dieron la razón.

—¿Golazo? Pero si Erny estaba probando para ser arquero—Preguntó la mamá sin entender.

—Sí, su hijo tiene una zurda prodigiosa. Ha marcado el mejor gol que he visto de cancha a cancha. —Respondió uno de los compañeros del equipo.

—Por favor dígame que tiene la titularidad asegurada como delantero del equipo, y que además es el chico más veloz de toda la escuela, nunca había visto a ningún futbolista

“ Hemos salido corriendo detrás de Ernesto casi desde el momento en el que él arrancó a correr, para pedirle disculpas y felicitarlo por su golazo ”.

“ ... ya no eran simplemente los goles de Ernesto sino «Golafos», como los comenzaron a llamar jocosamente sus hinchas ”.

patear el balón con esa maestría —agregó el entrenador, esta vez menos agitado.

Los ojos de Ernesto, que estaban siguiendo la acción desde una ventana, volvieron a brillar de alegría. En su cara los dientes se hicieron otra vez evidentes y tímidamente salió al encuentro con sus compañeros y el entrenador para aceptar sus disculpas.

Todo volvió, en parte, a ser como lo había soñado. Experimentó de nuevo la felicidad, pues creía haber descubierto, de una manera un tanto extraña, su verdadero talento.

Al domingo siguiente, todos estaban ansiosos por la llegada del nuevo delantero a la cancha de entrenamiento. Ernesto estuvo puntual y se sentó en la banca de los suplentes. El portero titular, que le había guardado los guantes, se acercó a él para entregárselos. Él le agradeció, pero no los recibió argumentando que ya no los necesitaba. Cuando inició el entrenamiento, el profesor le indicó que formaría con el equipo principal. Todos lo agasajaron y le dieron la bienvenida.

En poco tiempo comenzó a regarse, por las otras escuelas, la fama de Ernesto para correr y chutar el balón, de forma efectiva, desde cualquier lugar de la cancha. Gracias a su talento, sus compañeros terminaron por apodarlo «el meteorito», apodo que lo acompañó, incluso, cuando se convirtió en jugador profesional y sus goles se volvieron una marca registrada; ya no eran simplemente los goles de Ernesto sino «Golafos», como los comenzaron a llamar jocosamente sus hinchas, haciendo alusión a la manera particular que tenía el delantero para pronunciar la «S» y la «Z». «El partido quedó dos golafos por cero», solían decir sus seguidores.

Con el tiempo, Ernesto terminó por convertirse en el mayor anotador de toda la historia del fútbol mundial, pero quizá el logro más importante para él fue poder convertirse en el primer dinosaurio en jugar en la selección de fútbol de su país. ●

